ΣΟΦΊΑ

Revista Teosófica

Satyat nâsti pâro dharmah.

NO HAY RELIGIÓN MÁS ELEVADA QUE LA VERDAD

La Sociedad Teosófica no es responsable de las opiniones emitidas en los artículos de esta Revista, siéndolo de cada artículo el firmante, y de los no firmados la Dirección.

DESARROLLO MENTAL

En el asunto, ó por mejor decir, en la parte del asunto que me propongo estudiar esta noche, es en la que quizás existe mayor diversidad de criterio en el modo de ser apreciada por el hombre de mundo virtuoso y bien equilibrado, y el concepto que de la misma tiene el Ocultista. Me será, pues, indispensable conduciros, por decirlo así, paso á paso desde un principio, á fin de que os sea dable percibir con la mayor claridad posible la causa de esta diversidad de criterio, pues es acerca de la mente, del lugar que ella ocupa en el ser humano, del papel que desempeña en el desarrollo de la naturaleza humana, de las funciones que ejecuta y del modo como las ejecuta. Acerca de estos puntos, la diversidad de criterio que se observa, según sea la posición del pensador, según sea el modo de considerar el mundo en general y según sea el papel que en el mismo desempeña. Veamos por un momento, á fin de orientarnos todo lo posible en este asunto, veamos de qué modo un hombre bueno, justo é inteligente, un hombre que nada tiene de frívolo ni de mundano, en el sentido que comúnmente se da á estos términos; veamos de qué modo una persona semejante, sobria en sus juicios y bien equilibrada en sus pensamientos, considera la cuestión del dominio mental. Un hombre bueno, un hombre que deliberadamente acaricia un ideal de virtud, que se esfuerza en llevar al terreno de la prác-

tica, que tiene una clara idea del deber, el cual se esfuerza en cumplir; un hombre semejante, en el curso del desarrollo de este ideal, y al marcarse la línea del deber que se propone seguir, comprenderá fácilmente que lo que llamamos la naturaleza inferior es una cosa que debe ser restringida y dominada. Acerca de este punto no hay divergencia alguna. Las pasiones y los apetitos del cuerpo, las emociones inferiores, á las cuales la gente se apresura á entregarse sin reflexión ni discernimiento, todo este lado de la naturaleza del hombre, que obra sobre él sin que apenas se dé cuenta de ello, podría decirse sin que piense ni se aperciba de lo que le sucede, todo esto, nuestro hombre virtuoso nos dirá sin duda que debe ser combatido y vencido. Todo esto dirá que pertenece á la naturaleza inferior, y tratará de reducirla á los dictados de la superior. Si examinamos cuidadosamente el modo de ser de semejante hombre, observaremos que lo que en el lenguaje ordinario entendemos por un hombre que sabe dominarse, este tal hombre es aquel que ejerce este dominio mental sobre su naturaleza inferior, de modo que la mente domina los deseos. Cuando decimos que sabe dominarse, queremos dar á entender que es el hombre mismo quien domina. Más aún: si examinamos algo más atentamente á este hombre, observaremos que es lo que llamamos una voluntad enérgica, un carácter formado, un carácter que obra según una determinada y bien definida línea de conducta; una voluntad que, aun en muy difíciles circunstancias, es capaz de dirigir la entidad de la cual forma parte á lo largo de líneas bien claras y definidas, notaremos que dicha persona es una de aquellas cuya mente se ha desarrollado considerablemente, de suerte, que cuando obra y se decide á ejecutar un acto cualquiera, no obra impulsada por circunstancias externas, ni se halla cohibida por las diversas influencias exteriores que la rodean, así como tampoco se deja seducir por el influjo de la naturaleza animal de las atracciones que por doquier la envuelven, sino que veremos que obra bajo el impulso de un cúmulo de experiencias almacenadas en lo que se llama la memoria, recuerdo de pasadas ocurrencias y comparación de los resultados que se derivan de dichas ocurrencias. La mente ha trabajado sobre todas ellas, y, por decirlo así, las ha clasificado y comparado unas con otras, sacando en conclusión un resultado definido por medio de un intelectual y lógico esfuerzo. Este resultado persiste

en la mente como regla de conducta y cuando el hombre se halla bajo el influjo de circunstancias adversas, circunstancias que darían al traste con lo que se llama una voluntad débil, y que quizás extraviarían asimismo á cualquier persona vulgar. Esta algún tanto más enérgica y desarrollada mente, habiéndose impuesto una regla de conducta que adoptó en un momento de calma y lucidez, en un momento en que el deseo natural no se hallaba en completa actividad; en momentos en que este deseo no se hallaba rodeado de tentaciones, esta mente regula y encauza sus energías por medio de esta regla de conducta que se ha fijado é impuesto, y así no permite que las atracciones y los impulsos del momento la desvíen del camino que se ha trazado. Al tratar con una persona semejante podéis prever á menudo lo que hará, pues conocéis los principios á los cuales amolda su conducta, así como la clase de pensamientos que germinan en su mente, de suerte que os sentís casi seguros—teniendo en cuenta su enérgico y bien definido carácter—, que sean cuales fueren las tentaciones exteriores que se le presenten, este hombre realizará en el momento de la lucha y de la prueba el ideal que en los momentos de calma y reflexión concibió. Esto es, por punto general, lo que queremos dar á entender cuando hablamos de un hombre que sabe dominarse. Dicho hombre ha alcanzado esta etapa de progreso que, como podréis notar, es una etapa relativamente avanzada, y entonces se ha puesto á trabajar deliberadamente para dominar, gobernar y dirigir su naturaleza inferior, de modo que cuando esta naturaleza sea con mayor fuerza estimulada á la acción desde el exterior, podrá el Alma luchar con ventaja contra la violencia de la tentación, y el hombre obrará noblemente, sean cuales fueren las tentaciones que le rodeen y le estimulen á obrar de un modo ruín y bajo, ó sea según los halagadores atractivos de la naturaleza inferior.

Hasta aquí hemos estudiado lo que se puede llamar un hombre virtuoso, un hombre de carácter elevado, de pensamientos puros y de sano juicio, el cual jamás se deja llevar de acá para allá por las circunstancias é impulsos que le rodean, como le sucede á la naturaleza normal no supeditada ó mal dirigida. Pero existe otra etapa que este hombre puede asimismo alcanzar. Puede estudiar una gran filosofía de la vida que le explique algo más referente á la labor de la mente. Puede, por ejem-

plo, estudiar las grandes enseñanzas Teosóficas, tales como se hallan expuestas en los antiguos y modernos libros, bien sea que las tome de la India, de Egipto, de la Grecia ó de la moderna Europa. En esta filosofía puede percibir una nueva perspectiva del Universo, la cual puede modificar de un modo sensible sus puntos de mira.

Suponed que este hombre entra en la Sociedad Teosófica y acepta sus principales enseñanzas, en cuyo caso principiará á comprender, mucho más que lo hizo antes de estudiar los problemas de la vida desde el punto de vista teosófico, la gran influencia de sus doctrinas. Principiará á comprender que cuando su mente se halla en actividad está ejerciendo aquel poder creador que probablemente os será tan familiar á la mayor parte de vosotros; que en este momento la mente está creando verdaderas y bien definidas entidades; que esta actividad creadora de la mente genera constantemente y lanza al mundo que la rodea entidades activas que lo mismo pueden labrar el bien que el mal, las cuales obran é influyen frecuentemente sobre las mentes y las vidas de personas con quienes el *creador de tales entidades* no se halla en inmediato contacto personal. Principiará á comprender que para afectar las mentes de los demás, en modo alguno es necesario que exprese sus pensamientos por medio de palabras ó por escrito. No; es necesario que su pensamiento se ponga en acción para que su influencia se convierta en una fuerza capaz de labrar lo mismo el bien que el mal. Este hombre comprende que, según las preocupaciones del mundo, él puede ser considerado como una persona excesivamente obscura y sin importancia; que puede hallarse por completo fuera de las miradas del público; que sólo puede influir sobre un muy reducido número de sus amigos y allegados que se hallan en contacto personal con él; pero comprenderá, sin embargo, que aunque no se ponga en contacto personal con el mundo, aunque no influya sobre él por medio de la palabra ó por escrito, esto, no obstante, tiene á su disposición un poder que trasciende á la fuerza del ejemplo, así como al de la palabra y los escritos, y que hallándose completamente solo y aislado de los hombres, en lo que al mundo físico se refiere, puede poner en acción una potente fuerza, lo mismo para generar el bien como para producir el mal. Puede purificar ó mancillar las mentes de su generación; puede contribuir á impulsar ó á estorbar el progreso del mun-

do; puede ayudar en algo á elevar ó á deprimir su raza, y, completamente aparte de todo lo que el mundo en general reconoce como la fuerza del mandato ó del ejemplo, puede influir en la mente de su época por medio de estas sutiles energías del pensamiento; por medio de estas formas activas, que penetran y se introducen en el mundo de los hombres, las cuales, por ser invisibles, son de una eficacia mucho más transcendental y ejercen una influencia mucho más poderosa, precisamente porque son tan sutiles que las mismas masas á quienes afecta no las perciben.

De esta suerte, y á medida que este hombre crece en conocimiento, el pensamiento toma para él un novísimo aspecto, pues comprende cuán grande es la responsabilidad en que incurre al pensar, esto es, cuán grande es la responsabilidad que pesa sobre él, por el mero hecho de ejercer sus facultades mentales. Este hombre comprende que su responsabilidad se extiende mucho más allá de lo que él puede percibir; que á veces puede ser responsable, por modo muy real y efectivo, de los crímenes que se cometen en la sociedad de la cual forma parte, así como que puede tener una participación directa con los actos heroicos que se llevan á cabo. Comprende y se asimila aquel gran principio, según el cual el hombre que lleva á cabo un acto no es, por el mero hecho de ejecutarlo, el solo y único responsable del mismo, sino que, por el contrario, cada acto es una manifestación, una verdadera encarnación de ideas, y que todos aquellos que toman parte en la generación de tales ideas, tienen una parte de responsabilidad en el acto. Comprendiendo esto, y asimilándose estas más amplias perspectivas de la vida, principia á ser más cauto y prudente con sus pensamientos; principia á darse cuenta de que debe dominarlos, con lo cual se coloca más allá de los límites y puntos de mira de nuestro hombre de mundo. Además, cuando comprende que debe dominar sus pensamientos, y que es responsable de ellos, entonces principia á darse cuenta de que no sólo le alcanza dicha responsabilidad, y que, por lo tanto, debe hacer una escrupulosa elección con la clase de pensamientos que genera, sino que halla también, si ahonda un poco más en sus estudios, que la clase de pensamientos que atrae del mundo exterior son, en gran parte, determinados por la naturaleza de los que él mismo genera, de modo que no solamente es un imán que lanza oleadas de

fuerza mental en torno del área de su campo magnético, sino que es también un imán que atrae aquellas substancias que responden á la fuerza magnética que emite. El que su mente esté saturada de buenos ó de malos pensamientos dependerá, en gran parte, de la dirección que dé á su energía mental, de suerte que principiará á comprender que al generar un pensamiento benéfico, no sólo cumple con su supremo deber para con sus hermanos, sino que—como siempre sucede cuando el hombre está en armonía con la Ley Divina—él mismo se beneficia con aquello que da. Cada vez que el hombre lanza un noble pensamiento al mundo, establece en sí mismo un centro que atrae naturalmente otros pensamientos de carácter asimismo noble y elevado, los cuales son, por decirlo así, atraídos por afinidad magnética, de modo que su mente se siente ayudada y fortalecida por estos pensamientos que fluyen sobre ella del exterior. El hombre comprende asimismo con dolor y vergüenza que cuando lanza al mundo un pensamiento de carácter ruín y pecaminoso, establece con ello en su conciencia un centro de este mismo carácter, el cual atrae en su atmósfera pensamientos viles y bajos, y que con esto estimula y fomenta sus tendencias hacia el mal, del mismo modo que los pensamientos nobles estimulan y fomentan sus tendencias hacia el bien. Con esto consigue hacer vívida en su espíritu la idea de la fraternidad mental que une á todos los hombres, por lo cual os será fácil notar que su actitud mental cambia visiblemente; os será fácil ver que comprende la responsabilidad en que incurre, lo mismo al dar que al recibir; que percibe los lazos que desde él se extienden en todas direcciones, así como los que desde todas direcciones se dirigen hacia él; que en su vida diaria principia á preocuparse más de sus pensamientos que de sus mismos actos, y á darse cuenta de que en la región de lo invisible es en donde son generadas todas las fuerzas que se manifiestan en la vida psíquica y física.

Pero este hombre debe dar un paso más para penetrar dentro del Recinto Externo. Este hombre es ahora un candidato, como lo recordaréis por lo que dijimos; ahora es un candidato dispuesto á penetrar en este más escarpado y más rápido Sendero que conduce á las alturas; más aún, se halla en la etapa probatoria de este mismo Sendero. Entonces este hombre obtendrá algo más que el mero conocimiento que ya hemos vis-

to pertenece al que principia á comprender algo de la naturaleza de la vida que le rodea. El candidato que ha cruzado el umbral del Recinto Externo se da cuenta de que existe algo que se halla más allá de las posibilidades de la mente; algo que es más grande que la mente; algo con lo cual la mente está en relación, y que tiene analogía con los impulsos que le son transmitidos por medio del deseo natural inferior. Del mismo modo que en el curso de su desarrollo comprende el hombre que la mente se halla por encima de los deseos, de la propia suerte, cuando ha cruzado este umbral, y aun antes de haber dado este paso, puesto que el conocimiento de esta verdad es la que le condujo á la entrada, y en parte se la abre, este hombre comprende que la mente, que parece ser una cosa tan grande y poderosa, y que no ha mucho le parecía ser el gobernador y monarca del mundo; que esta mente, de la cual dijo un pensador que «nada hay grande en el Universo excepto el hombre, y que nada hay grande en el hombre excepto la mente», palabras éstas que sólo tienen por origen la presunción y ceguera humanas, comprende, decimos, que cuando la vista principia á ver claro en la esencia de las cosas, pronto percibe que hay en el Universo algo más grande que esta mente, que parece ser lo más grande que hay en el hombre; pronto percibe que hay algo que es más poderoso y sublime que ella; algo que sólo brilla por un momento y pronto se oculta. Este hombre comprende confusa y débilmente, esto es, no todavía por medio de un conocimiento bien claro y definido, sino sólo de oídas y por simples conjeturas, que ha percibido un vislumbre del Alma, y que sobre su mente ha descendido un rayo de luz de un algo que está por encima de ella, y que, sin embargo, le parece percibió confusamente y por modo extraño, que este algo es idéntico con la mente y la mente misma. Así, pues, al principio experimentará gran confusión y se hallará en la obscuridad, no siéndole posible por el momento distinguir entre aquello que le parece ser el mismo y la mente, puesto que creyó que él era esta mente, y, sin embargo, aquello parece ser mucho más grande que ella. Aquéllo parece ser él mismo, y, sin embargo, más grande que él, por cuyo motivo no comprende al principio de dónde procede la luz que vislumbró, y si la esperanza que concibe no es más que un hermoso sueño.

Pero antes de que nos sea dable analizar los hechos de un modo claro y definido, debemos tratar de comprender lo que

queremos dar á entender por medio de los términos «Mente» y «Alma»; lo que queremos dar á entender cuando hablamos de la «Conciencia», puesto que estas palabras, si deseamos comprenderlas, no deben ser para nosotros á manera de tantos ó fichas con los cuales señalamos lo que vamos ganando en el juego, sino moneda real y efectiva que representa lo que poseemos en riqueza mental y en ideas. Permítasenos, pues, estudiar estas palabras por un momento, y veamos lo que significan, ó á lo menos lo que al emplearlas quiero yo dar á entender con ellas, de modo que la definición que de las mismas haré será clara y explícita, bien sea que estéis ó no de acuerdo con ella. Yo defino al Alma como aquello que individualiza al Espíritu Universal; que enfoca en un solo punto á la Luz Universal; que es, por decirlo así, un receptáculo en el cual se vierte el Espíritu, de modo que lo que en Él es universal, vertido en este receptáculo aparece como separado, siendo siempre idéntico en su esencia, pero separado ahora en su manifestación, y siendo el objetivo de esta separación que pueda desarrollarse y crecer la individualidad; que pueda existir una potente vida individualizada en cada plano del Universo; que esta vida pueda conocer los planos físico y psíquico del mismo modo que conoce el plano espiritual, y que su conciencia no sufra interrupciones de ninguna clase; que pueda formar los vehículos que necesita para adquirir la conciencia más allá de su propio plano, y una vez hecho esto, para que pueda purificarlos gradualmente uno tras otro hasta que no actúen ya por más tiempo como instrumentos ciegos ó como obstáculos, sino como puros y transparentes mediadores á través de los cuales pueda pasar y discurrir el respectivo conocimiento de todos y de cada uno de los planos del Universo. Sin embargo, al emplear la palabra ó imagen «receptáculo», puedo ser muy bien la causa de que os equivoquéis, y aquí está la dificultad de todas las expresiones empleadas para la comprensión intelectual, pues si uno toma una imagen que en un determinado punto es aplicable al caso, esta misma imagen, aplicada á otro caso, puede ser tomada en un sentido completamente equivocado. El proceso de la individualización no consiste en la formación de un receptáculo y en verter algo en él de modo que lo que se vierte toma al momento la forma y contornos del mismo. Lo que sucede es más análogo al modo como se forma un gran Sistema Solar. Si proyec-

táis vuestro pensamiento hacia atrás, en la noche de los tiempos, podéis imaginar el espacio, en el que nada es visible. Entonces podéis imaginar que en este espacio—en donde parece que reina el vacío, pero en donde existe, en realidad, toda plenitud, plenitud que sólo es invisible al ojo—, que en este espacio aparece una ligera neblina, casi demasiado tenue y delicada hasta para ser llamada neblina, y que, sin embargo, es la palabra más á propósito para describir este principio de agregación. A medida que vais observando esta neblina véis que en el transcurso del tiempo se hace cada vez más y más densa, agregándose y solidificándose más y más, y destacándose cada vez más del espacio que la rodea, hasta que aquello que parecía la más tenue de las sombras, principia á tomar una forma, la cual se hace más y más definida á medida que avanza en su formación, hasta el punto en que si observáis la formación de los mundos, notaréis que la nebulosa se hace más y más densa, y que se destaca cada vez más y por modo más definido del espacio, hasta que se forma un sistema con un sol central y los correspondientes planetas que le rodean. Esto parece ser, por muy imperfectamente que sea expuesto, lo que le sucede al Espíritu al individualizarse. El Espíritu es á manera de la tenue silueta de una sombra en el universal vacío, que es la más completa de todas las plenitudes, y esta sombra se convierte en una neblina que asume una forma cada vez más y más definida á medida que su evolución avanza, hasta que aquello que al principio sólo era la tenue sombra de una neblina en estado de desarrollo, se convierte con el tiempo en una individualidad, en una alma. Tal es la silueta de la formación de la conciencia individual. Si por un momento os es dable asimilaros esta idea, quizás comprenderéis de qué modo se forma el Alma en el largo transcurso de la evolución, y que esta Alma, que á manera del buzo se halla sumergida en el océano de materia, no es un algo completo al principio, sino que es lenta y gradualmente formada ó densificada, si se me permite emplear esta imagen, hasta que, aparte de lo Universal, se convierte en una individualidad que progresa constantemente á medida que avanza en su evolución. Como sabemos, esta Alma persiste y pasa desde una á otra vida durante años interminables, durante incontables siglos. Es una individualidad progresiva, y su conciencia es la suma de todo lo que ha conseguido asimilarse durante el proce-

so de su desarrollo. El Alma es aquella entidad que actualmente ha alcanzado un estado de desarrollo bastante elevado en algunos de los Hijos de los Hombres. Esta Alma lleva tras de sí la historia de un pasado, que tiene constantemente presente en su conciencia, conciencia que ha desarrollado ampliamente durante su paso á través del largo sendero que ha recorrido. Dicha Alma posee esta amplia conciencia debido á que lleva consigo todas las experiencias de las vidas por las que ha pasado, y debido á que comprende y se da cuenta de todo lo que dejó tras de sí. Como sea que en cada renacimiento debe adquirir nuevas experiencias, esta Alma, que se ha desarrollado á través de las edades, lanza con este objeto en nuevas envolturas una parte de sí misma, con la cual, descendiendo á los planos inferiores, consigue aumentar sus conocimientos, y de esta suerte se enriquece gradualmente. Esta parte de sí misma que desciende á los planos inferiores es lo que llamamos la mente en el hombre. Es aquella parte del Alma que trabaja en el cerebro, que está confinada al mismo y lastimosamente limitada y restringida por él, pues el cerebro constituye el pesado fardo de carne que pesa sobre ella, lo cual da lugar á que su conciencia sea mucho menos lúcida, debido á que no puede abrirse paso á través del espeso velo de materia. Todo aquel poder y grandeza que conocemos como Mente se halla reducido, y lo constituye esta restringida parte del Alma que trabaja en el cerebro con el objeto de adquirir experiencias. A medida que esta parte del alma trabaja, demuestra más y más sus poderes, pues dicha parte es el Alma misma, aunque restringida por las limitaciones de la materia, y toda aquella parte del Alma que se puede manifestar por medio del cerebro constituye la mente de la persona que conocemos. Dicha manifestación será más ó menos amplia y lúcida, según sea el estado de desarrollo que el Alma ha alcanzado. Pero en el Recinto Externo el hombre comprende que esta Alma es él mismo, y que la mente no es más que su manifestación pasajera. Entonces principia á comprender que, así como el cuerpo y el deseo natural deben estar supeditados á la mente, la cual es una parte del Alma prisionera en la carne, del mismo modo la mente debe estar sujeta á la gran Alma, de la cual no es más que la representación proyectada del momento; principia á comprender que la mente sólo es un instrumento, un órgano indispensable al Alma para la labor que se pro-

pone realizar, y que todo lo que por la mediación de la mente se consigue es para en beneficio del Alma, que es la mente misma.

Comprendiendo esto, ¿cuál será entonces la situación de nuestro candidato? Á medida que la mente se pone en contacto con el mundo externo, se instruye más y más; reúne los hechos, los ordena, los clasifica, forma sus juicios acerca de ellos, y así prosigue todo el resto de su desarrollo intelectual. El resultado de esta actividad se eleva hacia lo alto, penetra en el interior del Alma y es el origen de su expansión y desarrollo. Este resultado, y las experiencias que del mismo se derivan, es lo que el Alma lleva consigo en el Devachán, y allí trabaja para transmutar estas experiencias en sabiduría. Porque la sabiduría es un algo muy distinto del conocimiento. El conocimiento consiste en una masa de hechos, de juicios sobre los mismos y de conclusiones sacadas de ellos. La sabiduría es la esencia extraída del conjunto de las experiencias que el Alma ha reunido, y su labor en el Devachán consiste, como sabéis, en transmutar estas experiencias en sabiduría. Así, pues, nuestro candidato, que conoce todo esto, comprenderá que esta Alma es el «Yo»; que es el Alma que se ha desarrollado pasando á través de todas las vidas pasadas; comprenderá, hasta donde alcance su percepción y desarrollo, que este «Yo» es él mismo. Entonces principia á comprender por qué se dice que desde el primer momento debe procurar distinguir entre el «Yo» que persiste y la mente, que sólo es una pasajera manifestación del «Yo». La mente es la manifestación del Alma en el mundo de materia, y esta manifestación tiene lugar con el objeto de que el Alma pueda adquirir experiencias. En este punto puede el candidato principiar á comprender por qué motivo, cuando el discípulo dirige al Maestro su primera súplica de que se le instruya, cuando habiendo encontrado el camino que conduce al Recinto Externo, exclama: «¡Oh, Maestro!, ¿qué haré yo para alcanzar la sabiduría? ¡Oh, Sabio!, ¿qué debo hacer para obtener la perfección?»; estas palabras, que suenan extrañas al principio, brotan de los labios del Sabio: «Busca los Senderos. Pero, ¡oh, Lanu!, sé limpio de corazón antes de que empieces la jornada. Antes de que des el primer paso, aprende á discernir lo real de lo falso, lo siempre instable de lo sempiterno» (1). Entonces el Maestro continúa

(1) *Voz del Silencio*, pág. 45.

explicando la diferencia que existe entre el conocimiento y la sabiduría, lo que es la ignorancia, lo que es el conocimiento y lo que es la sabiduría que sucede á los dos. Con esto, la diferencia entre la mente, que es «á manera de un espejo que recoge polvo mientras refleja», y que necesita de las «brisas de la sabiduría del Alma para purificarla del polvo de nuestras ilusiones», queda patentizada. Si el candidato está dotado de prudencia y sabiduría, reflexiona acerca de estas palabras. ¿Cuál es la diferencia que existe entre lo real y lo instable, y por qué va unida esta diferencia con la manifestación de la mente? ¿Cuál es la diferencia que existe entre el espejo que refleja y el Alma que necesita limpiarlo del polvo que recoge si desea librarse de la ilusión? ¿Qué importantes funciones desempeña la mente en el hombre que en este mundo inferior parece ser y se confunde con el hombre mismo? ¿Cuáles son sus funciones si, después de todo, al dar el primer paso en el Sendero se distingue lo que es ilusorio de lo que es real, y la mente está unida por modo sutil con la creación ó producción de la ilusión? Hay otras palabras que el candidato recuerda haber oído procedentes también de los labios de los Maestros de Sabiduría. Recuerda una extraña palabra que se refiere al Râjah de los sentidos, al gobernador y rey de la naturaleza inferior, pero que en manera alguna es amigo del discípulo. Recuerda que en estas palabras, que al principio de la instrucción se refieren al Râjah de los sentidos, le fué ordenado que buscase á este Râjah á fin de conocerle y comprenderle, puesto que él es «el Productor de Pensamiento, aquel que la ilusión despierta», y se dice además al discípulo que la «mente es el gran destructor de lo Real, y que debe matar á este destructor» (1). Aquí parece ser que nos hallamos dentro del circuito de un pensamiento que puede servir de norma y guía al candidato que debe buscar al Râjah de los sentidos. Este Râjah ó rey de los sentidos es el productor de pensamiento, y aquel que produce el pensamiento es quien despierta la ilusión, quien destruye lo Real. En el Mundo Espiritual existe la Realidad; pero á medida que el proceso de diferenciación avanza, se produce la ilusión, y la mente, esta mente que se desarrolla, es quien la produce. Esta mente que se desarrolla, que tiene la facultad de crear imágenes y pinturas infinitas, á

(1) *Voz del Silencio*, págs. 17 y 18.

cuya facultad llamamos imaginación; que posee la facultad del raciocinio, por medio de la cual da forma y consistencia en el ambiente que la rodea á imágenes que ha creado; esta mente es el verdadero creador de la ilusión, la que destruye lo Real, por lo que al discípulo se refiere, por cuyo motivo su primer cuidado debe ser el de matar á este destructor. Porque, á menos de que el discípulo consiga librarse del poder ilusorio de la mente, jamás será apto para poder penetrar más allá del Recinto Externo. Escuchando entonces una vez más al Maestro, oye una voz que le manda procure fundir su Mente y su Alma (1). Su labor consiste entonces en verificar un cambio en su mente inferior, que la hará apta para fundirse con la superior; una destrucción de su poder ilusorio, que la hará capaz de conocer al padre de quien procede, y de esta suerte, el Padre y el Hijo volverán á ser una vez más una sola y misma cosa.

Al llegar á este punto recibe el discípulo una instrucción que en lenguaje místico le dice que debe destruir su cuerpo lunar, y que á su cuerpo mental debe purificar (2). Estudiando estas palabras, y esforzándose en comprender su significado, el discípulo se familiariza con las alegorías y símbolos, y de esta suerte se da cuenta de que el llamado cuerpo lunar es el cuerpo de Kama ó Deseo, que es aquel cuerpo á quien se da el nombre de hombre astral; comprende lo que es aquello que debe ser destruído, así como que el cuerpo mental debe ser purificado. «Debes purificar tu cuerpo mental», le dice el Maestro, puesto que sólo quitándole el polvo de la ilusión le será posible á este cuerpo mental volver á entrar en sí mismo y fundirse con su Alma. Ahora principia el discípulo á darse cuenta de la labor que con respecto á su mente debe llevar á cabo en el Recinto Externo. Principia á comprender que él, esto es, el Alma viviente que se ha desarrollado á través de los siglos, ha proyectado esta fuerza de sí misma á fin de crear un instrumento adecuado á los fines que persigue, á fin de crear un servidor que debe ser dominado y dirigido, y que en vez de ser la mente el dueño y señor, debe ser, por el contrario, un esclavo sumiso y obediente, un instrumento en las manos de aquel que le guía, un fiel servidor de aquel que le dió nacimiento. En cuanto el discípulo se da cuen-

(1) *Voz del Silencio*, pág. 36.

(2) Ibid., pág. 22.

ta de la naturaleza del deber que le incumbe, principia entonces á educar y á dominar su mente. Al tratar de llevar á cabo esta laboriosa tarea deberá el discípulo principiar por las cosas más sencillas. El discípulo notará que la mente pasa constantemente y con la mayor facilidad desde una á otra idea, que corre de acá para allá, que es difícil y penoso contenerla y dirigirla, tal como la notó Arjuna hace cinco mil años; que es indómita, díscola, turbulenta y difícil de dominar. El discípulo comenzará á educar y á dominar su mente del mismo modo que vosotros principiáis á domar un corcel para montarlo y con el fin de que marche por el camino que deseáis, no para que salte á través de zanjas y para que se precipite en todas direcciones por entre setos y collados, sino para que siga el camino que le traza su jinete. Esta misma labor debe ejecutar nuestro candidato en su vida diaria, esto es, debe educar por modo gradual á su mente hasta que consiga obligarla á pensar de una manera fija y bien definida, haciendo todo lo posible para no ser arrastrado y seducido por las múltiples tentaciones que le rodean, y no permitiendo asimismo que su pensamiento vague en todas direcciones. El candidato hará todo lo posible para no cambiar de pensamiento é insistirá en aquel que tenga un objetivo definido. No estudiará las materias que trate de dilucidar de un modo fragmentario, sino que proseguirá en su estudio hasta sacar del mismo todo el fruto posible. Rechazará las innumerables tentaciones que en este mundo superficial le rodean. Leerá libros especialmente escogidos y con un deliberado propósito, puesto que de este modo es como el pensamiento del estudiante se educa y domina. Estudiará con deliberado propósito temas de naturaleza elevada, extensos párrafos de temas que, tratando de un asunto definido durante un considerado período de tiempo, son muy á propósito para educar la mente. No pasará rápidamente desde una materia á otra, pues esto fomenta y da un mayor impulso á la agitación é intranquilidad de ánimo, y esta intranquilidad es un obstáculo tan potente en el Sendero, que lo obstruye por completo, y el candidato no puede continuar su camino hasta que lo ha subyugado y vencido.

De este modo, día tras día, mes tras mes y año tras año educará su mente y conseguirá acostumbrarla á estos definidos hábitos de pensamiento, así como aprenderá á elegir las materias sobre las cuales debe pensar. No permitirá por más tiempo que

crucen por su mente otros pensamientos que aquellos que estime conveniente. No tolerará por más tiempo que un pensamiento haga presa en él y le domine. No permitirá por más tiempo que en su mente penetre un pensamiento y se fije en ella de modo que sea difícil desarraigarlo. El candidato debe ser el único dueño dentro de su casa. Puede experimentar angustias y sufrimientos en su vida diaria, pero no importa: estos sufrimientos le ayudarán á educar y dominar su mente. Y cuando estos sufrimientos son muy intensos, cuando la ansiedad es muy cruel, cuando se halla inclinado á reflexionar acerca de las tribulaciones que en algunos pocos días, semanas ó meses han caído sobre él y á cansarse de ellas, entonces dirá: «No, ninguna ansiedad debe hallar cabida en mi mente; ningún pensamiento debe hallar refugio en ella. Nada existe en mi mente que no sea lo que yo mismo he elegido é introducido, y todo aquello que en ella penetra sin mi permiso debe ser rechazado fuera de los límites de mi mente.» Existe un gran número de personas que durante la noche no consiguen conciliar el sueño, debido á los pensamientos de carácter malévolo é insidioso de que son víctimas. Dichas personas se encuentran en un estado por demás deplorable, no á causa de sus propios sufrimientos, sino debido á los pesares que les causan los pensamientos que cruzan por sus mentes. Éste estado deberá el candidato evitarlo, no permitiendo que en su mente penetre ninguna idea sin su expreso consentimiento. Deberá cerrar herméticamente las puertas de su mente de modo que no puedan penetrar en ella aquellos pensamientos que se presenten espontáneamente y sin ser invitados. Esta labor constituirá una educación tan provechosa y útil como larga y penosa, puesto que dichos pensamientos porfiarán una y otra vez por penetrar en su mente, y el candidato debe rechazarlos asidua y constantemente. Estos esfuerzos deberá el candidato repetirlos una y otra vez, pues no hay otro modo de matar un pensamiento, salvo el de rechazarlo deliberadamente tantas veces como se presenta. Quizás preguntaréis: ¿cómo debe hacerse esto? Seguramente de un modo bastante fácil al principio: haciendo penetrar en la mente otro pensamiento que desaloje al que se quiere expulsar, y más adelante negándose simplemente á recibirlo. Sin embargo, hasta que el candidato sea lo suficientemente fuerte para poder cerrar herméticamente las puertas de su mente, de modo que pueda

permanecer sin esfuerzo tranquilo é imperturbable, hasta este momento hará bien y obrará prudentemente sustituyendo un pensamiento por otro, pero cuidando siempre de sustituir el pensamiento de que desea librarse por otro de carácter noble y elevado. Con esto conseguirá un doble objeto, pues no sólo se librará del pensamiento de carácter transitorio, sino que acostumbrará á su mente á descansar en lo eterno, obteniendo de esta suerte la percepción de lo real, la percepción de que el presente pasa y, por lo tanto, no es digno de que se preocupe de él. Descansando sobre la segura roca de lo permanente, su mente se fortalecerá y se acostumbrará á vivir en lo eterno, condición que constituye el secreto de toda paz, así en este mundo como en todos los demás.

A medida que el candidato educa de este modo á su mente; á medida que la domina y consigue hacerla pensar en aquello que quiere, impidiendo que se ocupe de aquello que no desea, entonces dará otro paso más difícil que los precedentes: entonces se separará de la mente y no pensará con ella; no porque se haya hecho inconsciente, sino porque se esforzará en obtener una conciencia más amplia y profunda; no porque en él se haya entorpecido ó aletargado la vida, sino porque esta vida se ha hecho en él tan vivida y poderosa que el cerebro no es capaz da contenerla. Y con este desarrollo de la vida interna, con este aumento de energía vital que fluye del Alma, percibirá gradualmente que es posible llegar á una etapa en donde el «pensamiento» ya no es el pensamiento de la mente, sino la conciencia del Alma. Más adelante verá que esta conciencia es inmutable y sin interrupción posible. En este punto deberá pasar por una etapa de perturbación, de soledad y de tristeza; una de las etapas quizás más críticas y penosas de la vida de nuestro candidato cuando se halla en el Recinto Externo. Entonces principiará á comprender confusamente el significado que envuelven estas palabras del Maestro: «Refrena con tu Yo Divino á tu yo inferior; refrena con el Eterno al Divino» (1). El Yo Divino es el Alma que debe refrenar la mente inferior; pero más allá, y por encima del Alma, existe el Eterno, y, en el futuro, que yace oculto en el Templo, el Eterno debe refrenar al Divino, del mismo modo que el Divino refrena al yo inferior.

---

(1) *Voz del Silencio*, pág. 62.

Gradual y lentamente se da entonces cuenta el candidato de que él debe ser el único dueño y señor de todo lo que le rodea, de todo lo que en cualquier sentido tenga relación con la mente; se da cuenta de que llegará á una de las etapas del Recinto Externo, en donde se verá asediado por sutiles tentaciones que no atacarán su naturaleza inferior, sino que osarán atacar la superior, á cuyo fin harán todo lo posible para conseguir que la mente les sirva de instrumento para lograr la destrucción del discípulo, después que no han logrado conseguir su objeto por medio del deseo natural ó por medio de las groseras tentaciones del cuerpo. Entonces se presentan estas sutiles tentaciones, que tratan de engañar al hombre interno; una multitud de tentaciones que le rodean á medida que trepa á lo largo de este difícil sendero; tentaciones en forma de pensamientos mundanos que por doquier le envuelven. En este punto debe el candidato haber obtenido un completo dominio sobre las imágenes mentales que él mismo creó antes, si quiere permanecer sereno, firme é inaccesible entre toda esta cohorte de pensamientos que ahora se precipitan sobre él, los cuales no se hallan vitalizados y fortalecidos por las débiles mentes de los hombres del mundo inferior, sino por un tremendo impulso que lleva consigo algo de la naturaleza de las fuerzas del plano espiritual; de las fuerzas espirituales del lado negro, no del blanco; de aquellos que con ansia desean matar al Alma, mas no de aquellos que desean ayudarla. En el Recinto Externo, el candidato se halla frente á frente con estas entidades, las cuales se lanzan sobre él con el ímpetu y energía que proceden de las poderosas fuerzas del mal, y si no ha aprendido á dominarse y no ha conseguido ser dueño de sí mismo dentro de los límites de la mente contra los insignificantes ataques que se le dirigen en el mundo exterior, ¿cómo ha de ser apto para defenderse contra estas huestes de Mâra, que son el Mal personificado? ¿Cómo ha de cruzar sano y salvo esta cuarta etapa del Recinto Externo rodeado de estos enemigos del Alma, los cuales no permiten que nadie que no disfrute de una paz absoluta marche por él? La fuerza que para tan difícil empresa necesita el candidato la obtiene por medio de la fijeza y estabilidad de la mente; esta mente que ahora se ha hecho tan fuerte, que puede fijarse á voluntad en aquello que quiere, y así puede permanecer inmóvil, indiferente é inaccesible á todo lo que le rodea. Esta fijeza está tan sólidamente

afianzada, que nada de lo exterior puede conseguir conmoverla ó agitarla. Se ha hecho tan firme, que ya no necesita hacer esfuerzo alguno; ya no necesita matar nada más, puesto que ha pasado más allá de la etapa en que dichos esfuerzos eran necesarios. Cuanto más fuerte es el Alma, tanto menos esfuerzo necesita para realizar lo que se propone. Cuanto mayor es el poder que se posee, tanto menos se sienten las acometidas y ataques que se nos dirigen desde el exterior.

Esta gran etapa de la mente es alcanzada cuando los pensamientos, en vez de ser muertos, caen por sí mismo sin vida en el mismo instante que llegan al santuario. Entonces la mente ya no necesita por más tiempo matar; ya no necesita por más tiempo ser muerta, puesto que se ha purificado y es sumisa y obediente. El resultado de esto, que es el principio de la fusión de la Mente y del Alma, es que en el mismo momento en que algo extraño choca contra ella, este algo cae muerto al instante á causa de su mismo impulso; no hay necesidad de lucha, pues todo aquello que debe ser destruído cae muerto por sí mismo, debido á la violencia del choque que recibe. Este estado constituye aquella fijeza de mente, de la cual se ha escrito que la lámpara se halla colocada en un lugar seguro, en donde ninguna clase de viento puede hacerla oscilar. En este lugar de reposo es en donde el hombre principia á ver realizados sus ensueños; en este lugar es en donde reina una absoluta paz. Es éste un lugar que se halla bajo el amparo y protección de los muros del Templo, y desde el cual se dice en una antigua Escritura que cuando un hombre se ha libertado del deseo, del temor y de la tristeza, entonces, en la tranquilidad y reposo de los sentidos, puede contemplar la majestad y grandeza del Alma (1). Entonces ve realmente por vez primera, no ya á través de entrecortados y pasajeros relámpagos de luz; no ya por medio de fugaces vislumbres, que tan pronto se presentan como se desvanecen, sino reposando en aquella absoluta paz y serenidad, en las cuales no existe el deseo ni sombra de pesar alguno. Allí, la majestad y gloria del Alma brilla sin interrupción ni obstáculo alguno, y la mente, que ahora es un espejo pulimentado, la refleja tal como realmente es. Porque esta mente, que en los primitivos tiempos era un espejo cubierto de polvo;

(1) *Kathopanishad*, II, 20.

esta mente, que era á manera de un lago sacudido y agitado por los vientos que por doquiera soplan, se ha convertido ahora en un espejo pulimentado que refleja lo que tiene ante sí con toda fidelidad y perfección. Esta mente es ahora un lago que reproduce todo lo que se le presenta; refleja las montañas y las nubes, los árboles y las estrellas, y asumiendo todos los matices del color del firmamento, los devuelve de nuevo al mismo firmamento de donde proceden. Pero ¿de qué modo tiene lugar todo esto? Antes de llegar á este punto hay un momento de peligro, del cual la bienhechora y vigilante voz habla. Hay un momento, cuando este lugar está á punto de ser alcanzado, en que la lámpara ya no fluctúa; en que la mente y el Alma se unen por un instante por medio de un último y supremo esfuerzo, y en este instante la mente es á manera de un elefante loco que se enfurece en la selva. ¿De qué modo debe entonces ser la mente apaciguada? Esta es la última lucha de la mente; esto constituye el esfuerzo final que hace el inferior para defenderse y luchar contra el superior, puesto que sintiendo el inferior los lazos que van á reducirlo á la obediencia, se revela y se subleva; es la violenta protesta de la naturaleza inferior, de la cual hablan todos los libros que tratan de la Iniciación. En todos los libros que tratan de la Sabiduría Oculta se dice que cuando el candidato se aproxima á la puerta del Templo, y antes de que le sea dable penetrar en su interior, todos los poderes de la Naturaleza se levantan contra él para detenerlo y derribarlo. Todos los poderes que existen en el mundo se confabulan contra él. Esta es la última lucha que debe arrostrar antes de que pueda alcanzar una victoria completa y decisiva. Sin embargo, en los planos superiores tiene lugar una lucha de la cual ésta es el reflejo. En planos cuya naturaleza es tan elevada que nosotros ni siquiera podemos concebirlos, y en donde los más grandes de los grandes han hallado su camino, tiene lugar una lucha que está simbolizada por la última que arrostró Buddha debajo del Arbol Sagrado. En el lugar en donde Él recibió la última iluminación que Le convirtió en Buddha se congregaron todas las huestes para asistir á la última lucha con el objeto de ver si conseguían estorbarle el paso. Ésta cruenta lucha, aunque sea en planos infinitamente menos elevados, tiene también lugar en la vida que el discípulo ha adoptado y cuando se halla próximo á la puerta del Templo.

¿Qué debe hacer el candidato para alcanzar la victoria? ¿Cómo debe conducirse en su sendero probatorio para seguir las huellas de sus predecesores? En las palabras del Maestro hallará una vez más la ayuda que necesita; de Sus labios brota una vez más la luz que nos servirá de guía. En el silencio oímos una voz que nos dice que el candidato «necesita ideas que le atraigan hacia el Alma Diamante» (1). ¿Qué es el Alma Diamante? Es el Alma que ha realizado su unión con su verdadero Yo; es el Alma libre de defectos y debilidades, diáfana y transparente como el diamante á la luz del LOGOS que transmite á los hombres. Es el gran nombre que acabo de citar, como podía haber citado otros nombres que en realidad significan lo mismo, aunque en otros idiomas. Es el Alma que se ha elevado por encima de las otras y á quien corresponde el título de Alma Diamante, y á través de la cual la Luz del mismo LOGOS brilla sobre los hombres. Esta Luz brilla inmaculada debido á la perfecta transparencia del diamante, debido á la absoluta pureza de esta Alma. Es el Alma á quien nos dirigimos en los momentos de nuestras más elevadas aspiraciones, y lo que necesitamos percibir es sólo un vislumbre de Su belleza, una chispa de Su fuego. Porque el Alma crece y se remonta hacia su origen del mismo modo que la flor se desarrolla y se dirige hacia la luz, y las ideas que la atraen son los brillantes resplandores que proceden del Alma Diamante, los cuales se derraman sobre aquello que, aunque débil y vacilante, es, sin embargo, Ella Misma, y de este modo lo atraen con fuerza Divina, á fin de que pueda unirse con Ella. A medida que el discípulo principia á comprender, se le hace más y más perceptible lo que se quiere dar á entender por Alma Diamante. Entonces se da cuenta de que esta Alma Diamante se halla también encarnada en él. «¡Mira en tu interior! ¡Tú eres Buddha!» Entonces comprende que su mente y su cuerpo no son más que instrumentos que debe usar para sus fines, y que sólo son útiles cuando se les emplea para alcanzar lo elevado. En este punto, las fibras ó cuerdas de la mente son puestas á tono por medio de la devoción y supeditadas por completo al Alma. El Alma las pone á tono por medio del poder de la devoción, y entonces la mente se convierte en un instrumento tan puro y afinado que el Maestro puede

(1) *Voz del Silencio*, pág. 35.

pulsarlo. Entonces la mente se convierte en un instrumento, por medio del cual pueden dejarse sentir y producirse todas las melodías del cielo y de la tierra. Por último, el discípulo se halla ante la puerta y se da cuenta de que lo que ha sucedido es que él mismo se ha encontrado á Sí Mismo: que el Alma, que es Él mismo, contempla allá en lo alto al Uno, que todavía es más elevado que ella, y que ahora va á unirse con este Uno. La unión final sólo tiene lugar dentro del Templo. En tanto que el candidato se halla á la puerta, sólo ha unido su yo perecedero con el Yo Eterno á su mente con el Alma. Entonces principia la adoración para el candidato, la cual significa la identificación con el más elevado. Entonces comprende que en su vida diaria puede el Alma hallarse en un estado de constante adoración, cualesquiera que sea la labor en la cual la mente y el cuerpo se hallen ocupados. Se da cuenta, por último, de que la vida del discípulo es una absoluta y continua adoración hacia el Más Elevado, una contemplación incesante del Alma Diamante, una contemplación del Supremo que no conoce limitación ni interrupción alguna. Se da cuenta de que mientras el Alma se halla de esta suerte, constantemente ocupada en el Recinto del Templo, el cuerpo y la mente pueden hallarse trabajando en beneficio de la humanidad, que los necesita en el Recinto Externo y en el mundo; el cuerpo y la mente pueden hallarse en constante actividad y trabajando en bien del mundo, puesto que son los instrumentos, los mensajeros y los servidores del hombre acá en la tierra, en tanto que él está sumido en la adoración. Entonces el candidato comprende lo que significa que «en el cielo los Angeles contemplan incesantemente la faz del Padre», puesto que la visión del Alma Padre es una visión incesante que ninguna nube ó cosa de la tierra puede obscurecer ó estorbar. El Alma contempla incesantemente esta visión, en tanto que la mente y el cuerpo se hallan en actividad, y una vez ha realizado esto, cruza el umbral, y desde el Recinto Externo entra el Alma en el Templo de su Señor.

Annie BESANT

LA VIDA NIRVÁNICA

La interpretación de la palabra nirvana dada por Max Müller y Barthelemy Saint-Hilaire, según el estudio de los textos, ha vulgarizado la idea de que el nirvana significa el aniquilamiento absoluto. Pero con el testimonio de todos los sanscritistas se encuentra todo lo que se quiere en la interpretación de los textos hindos. No puede uno comprender la palabra nirvana sino inspirándose en el espíritu de las primitivas escrituras de la India, que abarcan á la vez, sin que pueda uno desglosarlas, las teorías filosóficas y los dogmas religiosos. Las interpretaciones nihilistas y paradisiacas han sido rechazadas por la mayor parte de los sanscritistas modernos, dándose ahora á la palabra en cuestión el sentido de reposo eterno, de beatitud negativa, de paz sobre todo entendimiento, de liberación de los dolores de la vida, del pecado, etc., etc.

Mr. Milloué, el eminente conservador del museo Guimet, dice que no hay que entender el nirvana como un sitio particular semejante á los Campos Elíseos de los griegos, á los campos de Ialú de los egipcios, al Walhala de los scandinavos, ó al Paraíso de los cristianos, porque no solamente no se le asigna ninguna situación en el Universo, sino que se dice que el sabio puede alcanzarle y poseerle en este mismo mundo por el total desasimiento de las cosas de acá abajo. Es preciso, pues, que sea un estado. ¿Pero qué estado? Mr. Milloué revisa todas las opiniones de los más sabios sanscritistas, mostrando la completa incertidumbre que resalta de todas esas controversias, y concluye que si el Buddha no se explicó categóricamente sobre el particular, es porque no consideró su nirvana como incompatible con las ideas de su tiempo sobre el fin de la transmigración, como los de la filosofía sankhya, por ejemplo, de las que tanto tomó, y dejó á sus discípulos especular libremente á su antojo sobre la vida futura y la dicha final, hasta sin imponerles abjurar del brahmanismo.

El problema nirvánico ha sido objeto de un notable estudio en la *Revue Philosophique*, de Mr. Ribot (1). El autor de ese trabajo, Mr. Vijnaendts Francken, filósofo holandés, observa que los buddhistas no han concedido sino una débil atención al problema de saber si el alma es ó no destruída completamente después de la muerte del cuerpo físico, atendiendo que en el fondo el alma no se considera como una mónada existiendo individualmente; así para ellos el dilema aniquilación ó persistencia, no podía presentarse, y se comprende que no hayan dado una respuesta asaz conclusa para excluir toda divergencia posible acerca de este asunto. «Los sabios—dice—no están acordes sobre lo que ha de entenderse por nirvana. Lo que, desde luego, es cierto, es que el nirvana difiere completamente de todos los cielos de las religiones monoteístas, y que el estado en el que el alma entra no puede considerarse como una prolongación de la existencia terrena. Al contrario, nada que recuerde la vida terrestre subsiste en el nirvana: todo, absolutamente todo lo que acá abajo se llama goce desaparece en él... La supresión de la existencia personal se representa como un bien altamente deseable, que no obtendrá sino como suprema recompensa después de una vida de grandísima perfección y de la purificación de los pecados. Por poco que quede de un elemento de culpabilidad que no haya sido arrojado, esa felicidad no podrá alcanzarse, pues la liberación no es posible sino cuando toda culpabilidad ha sido destruída absolutamente por un absoluto encadenamiento de causas y de efectos (Karma); y la liberación no consiste en que se tenga el privilegio de cambiar los dolores de la tierra por las beatitudes celestes, sino en la supresión total de la personalidad, único camino del verdadero reposo y de la paz. Esta liberación no está necesariamente relegada á un remoto porvenir ultra-terrestre, así no es imposible alcanzarla durante la vida actual...»

Esta descripción del nirvana presenta el resumen de la doctrina nirvánica en términos clarísimos y muy precisos; pero este filósofo, al deducir sus argumentos de la doctrina búddhica, quiere sencillamente demostrar que la creencia en la inmortalidad del alma no es otra cosa que un vivísimo deseo de sobrevi-

---

(1) *Revue Philosophique*, Septiembre 1903, «Psychologie de la croyance de l'immortalité de l'ame.»

vir personalmente á la muerte terrestre. Apoya su tesis en que el buddhismo no puede considerar la creencia en la inmortalidad personal sino como el producto de un insensato orgullo; según los buddhistas, el hombre, en su vanidad, considerando el Universo como si en sí mismo fuera el centro y la razón de ser antropomórfica, y antropocéntricamente atribuye á su existencia individual un valor que está muy lejos de poseer, y no puede resolverse á admitir que no sea sino un átomo en el seno de lo infinito, del tiempo y del espacio; da á su insignificancia una importancia exageradísima, figurándose al mismo tiempo, lo que es estúpido, que las leyes del Universo corresponden á sus deseos subjetivos, como si la marcha del gran Todo estuviese basada sobre una moral como los hombres la conciben, y como si la persistencia de las individualidades fuese una necesidad cósmica. «No sabría ver uno—dice Mr. Wijnændts—en una religión como el buddhismo, un deseo ardiente de supervivencia personal, puesto que la ausencia de deseo se da como la esencia de la felicidad; el valor de la supervivencia sería absolutamente nulo en el momento que aquélla se alcanza, pues la voluntad, el pensamiento, el deseo y el sentimiento han cesado.»

Este filósofo, en fin, muestra también que el Buddha no indicó nada sobre el estado del alma después de la muerte, y cita á ese propósito la respuesta que dió á uno de sus discípulos que le preguntó si un discípulo perfecto sobrevivía después de la muerte del cuerpo físico. El Buddha respondió: «Si el precio que tú exiges por ser mi discípulo es saber si el Universo *es ó no es eterno;* si la fuerza vital es idéntica al cuerpo ó distinta de él; si el discípulo del Buddha sobrevivirá después de muerto... si ese es el precio que tú reclamas, tú no puedes ser mi discípulo.»

No se puede interpretar en el verdadero sentido la doctrina buddhista, sobre todo la que se refiere á la inmortalidad del alma, si se la aisla de la fuente de que procede. A pesar de su grandísima originalidad, todo el buddismo se deriva únicamente de la antigua filosofía hinda y de los diversos tratados de las varias escuelas Vedanta y Sankhya, escuelas cuyo objeto es esclarecer los Vedas (1). Para comprender bien la respuesta del Buddha es menester recordar que en la psicología brahmánica, como luego en la doctrina buddhista, la futura condición del

(1) Opinión emitida por Mr. de Milloué.

alma se regula al fin de cada vida por la ley del Karma, «consecuencia de los actos», dice Mr. de Milloué. El alma transmigra durante millares de vidas en diversas condiciones de existencias hasta que llega á la salvación (Mokscha). Esa salvación consiste en la ascensión al Nirvana, es decir, en la unión divina por la pérdida de la personalidad. Cuando el devoto preguntaba si el discípulo del Buddha sobrevive tras de la muerte, no podía recibir otra respuesta que la que obtuvo. En efecto; un discípulo que está en el umbral del Nirvana no ha de tener otro deseo que el de entrar en él.

¿Qué puede hacer el sentimiento de supervivencia á la personalidad, como no sea obstaculizar el fin que se persigue? Al hacer tal pregunta el devoto probaba su poca ciencia sobre el particular y que no había alcanzado seguramente el estado de discípulo, es decir, del hombre susceptible de lograr la deliberación completa. «Los sabios—dice *El Bhagavad Gîta*—que han seguido la ley divina, en vista de la dicha tienen una vida dichosa en los cielos; pero cuando su mérito se agota *vuelven á la mansión de los mortales*. Unicamente reciben la suprema felicidad de la unión divina los que se entregan á ella sin pensar en otra cosa... Así es como por la renuncia se llega á la última morada y á la suprema perfección del reposo, á la beatitud de Brahma (Brahma-Nirvana).» Hay, pues, que establecer claramente una perfecta distinción entre la idea de un cielo del que se vuelve y la de un estado de liberación del que no se regresa. Pero la palabra *estado,* tomada en el sentido de unión divina, es más bien el de iluminación por la divina luz. Como semejante luz llena evidentemente todo el espacio, no puede obrar en un sitio particular, sino en la parte de espacio en la que la Vida divina está limitada para la construcción de un universo. Para llegar á la unión divina es menester haber prescindido de todas las limitaciones de los demás estados, incluso hasta los últimos de la materia, donde la materia no es ya sino el último velo á través del que vibra el Espíritu. Ese *yo,* unido á la conciencia universal, no está en un sitio, está en todas partes; su último vehículo, estando formado del grado de materia última, llena el espacio y penetra todo lo que se encuentra en él. Como de un modo general, en la filosofía de Oriente, cada estado de conciencia corresponde á un plano divino de la naturaleza; el Nirvana, estado supremo de la conciencia, debe evidentemente co-

rresponder al plano más elevado de la naturaleza. Así es como en la literatura hinda el Nirvana es considerado como la última morada, como la del supremo reposo (1). La crítica comete así un error de interpretación cuando rehusa considerar el elemento Akasa, el más útil, *el que llena todo el espacio* como no comprendido en el buddhismo entre los elementos fundamentales y constitutivos de la naturaleza. Sin el elemento Akasa no puede concebir uno el Nirvana, porque si el espacio está lleno por la vida divina, es menester admitir una materia, por sutil que sea, á través de la cual circule la vida. Aunque el Buddha no haya indicado nada sobre este último estado de la materia, no se puede negar que no admita cumplidamente su existencia al reconocer el estado nirvánico. En cuanto al problema de su existencia y de la persistencia del alma, Mr. de Milloué deduce de la interpretación de los textos que el *yo* de la doctrina búddhica sería algo durable y distinto de la materia. Semejante conclusión es evidentemente la sola que sería lógica. Si el Buddha no ha querido significarse sobre esta cuestión capital del *yo*, es porque para él la cuestión caía en el último grado de las especulaciones metafísicas, en el misterio insondable é incognoscible de lo finito, de lo Infinito y recíprocamente. Como le era completamente imposible decir lo que llegaría á ser ese *yo* en la disolución del Universo, y como ese *yo*, substancia pura y divina, podía unirse á la materia en el curso del proceso cósmico, el Buddha prefirió dejar la noción del *yo* no en la duda, puesto que toda su doctrina afirma implícitamente su existencia, sino en la vaguedad, como algo que no se discute y que se acepta como un postulado.

El buddhismo, en general, no niega la existencia de una suprema realidad espiritual en el hombre, de un *Yo* inmortal é inmutable, sino que trata de destruir la falsa opinión que se posee sobre la verdadera naturaleza del *yo*. Todas las cualidades humanas efectivas, pasionales, emocionales, mentales, razón y entendimiento se consideran, tanto en el buddhismo como en el *Bhagavad-Gîta* y en otras doctrinas hindas, como modificaciones de la materia, ya que están sujetas á transformaciones y cambios. En tales condiciones no pueden tener el carácter de inmortalidad que debe poseer el verdadero *yo*.

(1) Brahma-Nirvana en el *Bhagavad-Gîta;* Nirvana-Marga en el *Vishnu-Purana.*

Se ve, después de esta exposición, que todas las controversias sobre el problema nirvánico nacen de la interpretación que se da á la palabra materia, que entre los hindos tiene una significación muy distinta de la que tiene entre los occidentales. Sin duda, también el miedo á ver el *Yo* inmortal é inmutable contaminado por una concepción material ha llevado á los expositores de ciertas doctrinas hindas á sublimar el problema hasta el extremo de rodearle de una obscuridad estudiada (1).

En resumen: la vida nirvánica ó paranirvánica es la vida en su mayor grado de expresión, la que vitaliza el único átomo real é indivisible, el átomo último que se encuentra en el límite de lo finito y del Infinito; y como este mundo es el más elevado de los mundos atómicos, forma la esfera inmensa en la cual la vida divina está englobada para formar un Universo. Puede decirse que el Nirvana es la actividad más elevada é ilimitada en la Vida Una, la calma absoluta que da un corazón completamente tranquilo y un espíritu perfectamente pacífico, el refugio supremo de aquel que se imagina arrojarse en una sima insondable al despojarse de su personalidad y encuentra, por lo contrario, que su conciencia eflora tan plenamente que toda personalidad le parece una limitación.

Semejante concepción del Nirvana se encuentra en todos los místicos, sea cualquiera la forma religiosa á que pertenezcan.

«Deseos, esperanza, confianza, atención —dice Mad. Guyon—, son vueltas del hombre sobre sí mismo que le impiden abandonarse completamente á Dios; hay que perder toda esperanza, porque la esperanza hace vivir. Es saliendo de ese estado de desnudez como se hace uno fecundo, *iluminado sin luz, ardiente sin ardor, distinto sin distinción*. El deseo en Dios no tiene tampoco la vivacidad de un deseo que espera el que lo desea, tiene el reposo de un deseo lleno y satisfecho (2).»

«El alma—dice San Dionisio el Cartujo—no advierte tampoco *que sea distinta de Dios*, porque ha pasado á la simplicidad deiforme (3).»

Unida á Dios—dice una estrofa del *Bhagavad-Gîta*—el alma

(1) Si el buddhismo del Sur discute la existencia del *yo* como conciencia individual, el del Norte en cambio considera al *yo* como un Buddha potencial que reside en todo hombre.

(2) *Discours spirituels*.

(3) *Máximas*. FENELON.

serena (entrada en el Nirvana) no sufre más; no desea tampoco, *igual* que todos los séres recibe en sí la Vida Suprema.»

Así como el Buddha y Jesús despojados de su humanidad y de su personalidad terrena no pierden su conciencia sumergiéndose en la conciencia universal, así también el alma que llega al Nirvana no puede perder lo que ha conseguido á costa de los más penosos sacrificios y más duros trabajos; todo lo que posee, fijado por Dios, no puede por menos de conquistar una intensificación más allá de toda comprensión.

El panteísmo y el materialismo no son sino palabras vacías de sentido si se considera la materia en este último grado como *vivificada* ó *impregnada* por el Espíritu divino *(que es la misma cosa)* ó como el último velo que oculta la Divina Unidad, eterna é inmutable, que se llama la vida del plano del átomo indivisible, divino, paradivino, nirvánico, supraenergético ó supraconsciente, no importa cómo, porque todas las fórmulas llegan á la misma concepción y al reconocimiento de los mismos atributos. Esta es la Energía Suprema que llena todo el espacio de un Universo. En el espacio el Espíritu predomina y brilla con un brillo incomparable á través de esta materia, infinitamente más sutil que la misma luz; todo lo demás no es sino el movimiento de esa realidad, una ilusión (la *Maya* de los hindos) cuando se la considera desde la cumbre de la Vida Una y eterna. Ella está también en la substancia *una* en cuanto síntesis de la dualidad espíritu-materia en el grado más elevado, donde la igualdad y la fraternidad pueden concebirse como realmente efectivas. Con efecto; aquellos que han llegado á ese último grado de perfección de la ascensión humana, uniéndose con Dios, son iguales y hermanos por identidad de esencia, y esa identidad les da el conocimiento y el amor universales.

«Vuestra misión con Dios—dice Ruysbroeck—es la de vuestro hermano y la de todos juntos. Cada uno está donde todos y todos donde cada uno. Así es como habitamos en Dios y Dios en nosotros, y con él cada uno de todos.»

Una fábula persa citada en el libro *El medio breve,* de la célebre mística Mad. Guyon, representa bajo una forma poética la inmersión de una conciencia individual en la conciencia universal. Una gota de agua de una nube cae en el mar, y allí se asombra considerando la inmensidad de ésta. ¡Ay!—dice—¿Comparada con esto qué soy yo? En verdad que donde está el mar

yo no soy nada. Pero mientras se decía eso una ostra la recibió en su seno y la elevó. El cielo arregló la cosa y la dispuso de modo que la gota de agua llegó á ser la perla más famosa de la corona del Rey.

En esta alegoría la corona real es la que forman los grandes Séres alrededor del Eterno, y la perla es una de las numerosas almas-diamantes que reflejan en toda su pureza la luz divina.

Luis REVEL

LA ROSA Y LA FLOR DEL CEREZO

Las líneas siguientes han sido escritas por uno de los jóvenes más cultos que nos representan en Europa, y son un testimonio del avance espiritual que se observa en los países más adelantados.

El autor los ha dirigido al profesor de la Universidad de Salamanca, D. Miguel de Unamuno, pero pueden dirigirse á muchas gentes, sobre quienes influye, sin que ellas lo sospechen, el sabio profesor.

Para esas, descartando á la personalidad que ha inspirado este hermoso trabajo, se reproduce aquí, porque, en verdad, fija entre nosotros, de la manera más imparcial y documentada, los límites de diferencia que dan un carácter tan distinto á la mentalidad de Occidente de la mentalidad Oriental.

Miedo á morir no es ciertamente una frase que retrata ó que expresa el pensamiento de angustia que siente el hombre de Europa frente al problema de su existencia. Es miedo al dolor. Un miedo horrible que sigue inevitable y fatalmente al que quiere constituirse como centro y autor de cuanto le rodea. Lo que pide el *Yo* es ante todo una suprema comodidad, una comodidad impasible si ha de dirigir todas las cosas. Esas luchas interiores de ciertos hombres de Europa no se conciben en Oriente, ni se concebirán jamás, mientras alguien conozca el *bushido* y el *nirvana*. Porque el que sabe que no es, está por encima del dolor, y está por encima de la vida y de la muerte. Aquí lo que se ha hecho, lo que se hace con una frecuencia lamentable, es separar las tres grandes dimensiones del espíritu

para ofrecerle sin solidez alguna. Hay Fé, hay Esperanza, hay Caridad; pero no deben tenerse aisladas, solas, como las tiene cualquier *Yo,* sino juntas, como están en el fuerte que sigue el Sendero. Hay que confiar seguramente en una cesión inevitable. Hay que sentir en todo para no morir jamás y hay que prescindir del *Yo* si nos hemos de poner en el resto.—R. U.

«De algún tiempo á esta parte, el japón preocupa á nuestro maestro y amigo D. Miguel de Unamuno. La causa de esa preocupación se explica fácilmente, Unamuno cree, con Benjamín Kidd, que «el principio radical de la civilización occidental es el valor absoluto del individuo, el de la persistencia de la conciencia individual, el de la inmortalidad del alma.»

»En cambio se ha dicho, y últimamente lo ha repetido Gómez Carrillo en su libro *El alma japonesa,* que el secreto del triunfo japonés hay que encontrarlo en el bushido ó código moral caballeresco, y que el secreto del bushido se halla á su vez en el principio fundamental del buddhismo, ó sea en la impersonalidad de los séres contingentes, ó mejor dicho, en la contingencias de las individualidades.

»Unamuno ha prostestado enérgicamente contra esta idea en un artículo de *La Nación,* de Buenos Aires. No le gusta el pueblo japonés precisamente porque es tan poco subjetivo. No le gustan los pensadores japoneses porque, á su juicio, carecen de pasión, porque no encuentra en ellos tragedias íntimas, como las que atormentaron á Pascal, á Senancour ó Nietzsche. No se pregunta si la pasión es útil al pensamiento. Yo creo que es conveniente en el amor y en el campo de batalla, pero perjudicialísima en la obra mental, aunque sea esa obra mental la preparación de un combate. El buen pensador, como el buen *chauffeur,* como el buen guerrero, ha de tener el corazón caliente y la cabeza fría. En cuanto se pone calor en la cabeza se pierde la lógica y se desproporciona la perceptividad.

»La idea del Nirvana le molesta. No quiere entender lo que significa; le parece que debe sumir á los pueblos en la indiferencia. La facilidad con que los japoneses sacrifican la vida no le parece indicio de superioridad. Lo que á su juicio indica superioridad es «el miedo al más allá de la muerte, el miedo á la nada, el terror loco al aniquilamiento», y como el Japón es un pueblo que no muestra esos temores, lo que no impide que se haya conquistado un gran puesto en el mundo, el Japón le revienta, le fastidia, le molesta á Unamuno. Si pudiera, lo borraría del planeta.

»—¿Cree usted que en una guerra con el Japón serían vencidos los Estados Unidos?—preguntaba recientemente Edmundo d'Amicis al marqués Lorenzo d'Adda en una admirable interviú publicada hace poco en *La Prensa,* de Buenos Aires.

»—No tengo la más mínima duda.

»—¿Cree usted en el *peligro amarillo?*

»—Para mí, no es un peligro; es un destino.

»D. Miguel de Unamuno quiere quitarse de encima ese destino. Y no puede negarse que hay algo de heroico y de grande en el caso de este individualista desenfrenado que es capaz de negar el Japón por haber demostrado la superioridad de la exaltación colectiva, cuando el rector de la Universidad de Salamanca se empeña en predicarnos que toda vida social fecunda es resultado de exaltaciones individuales y de mutuas imposiciones de espíritu.

»Hasta aquí, todo va bien; pero después de haber escrito Unamuno su artículo para *La Nación*, ha dado otro paso hacia adelante, y dice ahora que no cree en que el espíritu japonés sea lo que han dicho los europeos; que está seguro de que en el Japón, como en Europa, es el deseo de afirmar la personalidad concretamente hasta más allá de la muerte el principio motor de la civilización, y que no cree en las traducciones interesadas de algunos europeos.

»Y estas son afirmaciones que no deben pasar sin rectificación. En punto al Japón, podemos ya hablar los que no sabemos japonés, sin necesidad de apelar á traducciones interesadas.

»La casa editorial Putnam's Sons, de Nueva York, está publicando una serie de obras sobre el Japón, escritas por los japoneses más ilustres, en inglés ó traducidas al inglés por japoneses.

»Una de ellas, *Bushido, The Soul of Japan (Bushido, el alma del Japón)* lleva la firma de uno de los hombres que más han contribuído á la formación del Japón moderno, Inazo Nitobe, profesor de la Universidad de Kioto. Ese libro no se ha escrito para engañar europeos, sino que es popularísimo en el Japón, donde se han hecho nueve copiosas ediciones.

»Pues bien; al estudiar Nitobe las causas, los orígenes y los principios del bushido, empieza por decir que su primer origen ha de encontrarse en el buddhismo, porque «produce un sentimiento de encalmada esperanza en el Destino, una sumisión tranquila á lo inevitable, una compostura estóica ante la calamidad y el peligro, el desdén hacia la vida y la amistad hacia la muerte.» Cuando un profesor de esgrima acaba de enseñar su arte á su discípulo, le inicia en el alto budhismo para convencerle de «la existencia de un principio que hay por debajo de todos los fenómenos», para «mostrarle lo Absoluto», para «ponerse en armonía con lo Absoluto», para alzarse por encima de sí mismo y de las cosas terrenas, «á un cielo nuevo y á una nueva tierra.»

»En una palabra, que el fundamento metafísico del valor que predica el bushido, es la contingencia de la personalidad y la unidad y realidad del Espíritu cósmico.

»Los europeos cuando son valientes lo son por exaltación de su personalidad. Los japoneses lo son porque atribuyen un carácter puramente ilusorio á la conciencia individual.

»Otro de los fundamentos del bushido está en el shintoismo. Digamos de pasada á propósito de las religiones del Japón algo que rectifica las opiniones de Gómez Carrillo en ese punto. En el Japón no hay lucha de religiones. Los japoneses son buddhistas en metafísica, confuccionistas en moral privada y shintoistas en moral política, todo al mismo tiempo y más ó menos, según sus grados de cultura.

»El cristianismo carece de influencia. Los japoneses cultos que se han ocupado del cristianismo le dan la misma interpretación semi-buddhista que en Inglaterra le da, por ejemplo, el Rev. Campbell, místico y elocuente predicador de *La nueva Teología* en el City Temple.

»En los relicarios shintoistas hay un espejo, «símbolo del corazón humano que, cuando perfectamente plácido y claro, refleja la verdadera imagen de la Deidad». Esa idea de placidez perfecta, ¿no es absolutamente opuesta á la tragedia íntima que nuestro Unamuno preconiza, haciendo un ideal de lo que fué en Pascal un tormento, una enfermedad?

»En el filósofo japonés Miuda Shissai, uno de los pensadores en cuyas enseñanzas se ha inspirado la teoría del bushido, se encuentra claramente expuesta la accidentalidad de la conciencia individual cuando dice que dentro de nosotros hay una luz espiritual pura, común á todos los séres y á todas las cosas que, al brotar en nuestra mente sin intervención de la voluntad, produce la conciencia y nos enseña á distinguir el bien y el mal.

»Todas las cartas publicadas en Europa de oficiales y jefes japoneses escritas antes de una batalla en que se figuraban perder sus vidas, muestran ese mismo convencimiento en el carácter accidental é ilusorio de la personalidad humana. Iban contentos á la muerte por creer que su conciencia personal era sólo un sueño que velaba la existencia de una realidad superior é íntima, común á todas las cosas, en las que llegarían á fundirse al despojarse de ese velo de la conciencia individual.

»Lea Unamuno el libro de Lafcadio Hearn *An Interpretation* y encontrará brillantemente formulado ese gnosticismo triunfal de los buddhistas. «Suprímase la conciencia individual y la realidad do viene cognoscible.» ¿Que cómo se suprime esa conciencia individual? No hace falta acudir á los japoneses para aprenderlo. Ya nos lo han enseñado los místicos españoles Santa Teresa, San Juan de la Cruz y Fray Luis de los Angeles. Nuestra propia experiencia nos lo enseña. ¿Quién no ha tenido en su vida ante un paisaje de la Naturaleza, ante la mujer amada, ante la música ó ante una emoción intensa momentos inefables en que perdemos la sensación de peso, vemos los objetos con ojos que nos parecen no son nuestros y nos sentimos identifica-

dos á las cosas que nos rodean ó á las ideas que nos envuelven como una atmósfera? Son momentos fugitivos, al menos para los occidentales, porque todas las instituciones é ideas adquiridas nos hablan de nuestro *yo;* son momentos que pasan como un sueño, que parecen un sueño, pero no lo son. El verdadero sueño es nuestra existencia cuotidiana en que vivimos como encarcelados á nuestro *yo* egotista, soberbio y odioso. Esos momentos constituyen las únicas realidades de nuestras vidas, los solos instantes que recordamos con deseo de volverlos á pasar.

»La diferencia fundamental entre los japoneses y nosotros consiste en que á los japoneses les enseñan á no tomar muy en serio eso de la conciencia individual y á nosotros se nos dice todo lo contrario. De ahí el desprecio que los japoneses sienten hacia la vida; de ahí el apego que nosotros la tenemos. Nosotros consideramos la vida como lo esencial y lo demás como lo accidental. Un japonés es lo contrario. De la operación de tomar té con arreglo al ceremonial hace no sólo una obra de arte, sino un culto religioso, según puede verse en el admirable *The Book of Tea (El libro de té),* de Okumura Kukuzo, editado también por la casa Putnam. Y por lo mismo que es tan meticuloso en los detalles, es tan pródigo con las vidas ajenas y con la propia. Y es que la vida no vale más que por los detalles—la cortesanía, la etiqueta, la sonrisa—y, por consiguiente, hay que poner la vida en ellos, puesto que es inútil todo empeño de inmortalizarnos; pero como esos detalles no valen gran cosa, tampoco lo vale nuestra vida.

»Claro está que no todos los occidentales toman en serio eso de la conciencia individual. Si todo el mundo se preocupase con la misma intensidad que Pascal de perpetuarse, de conservar el *yo* y de imponerlo á los demás, no habría tal civilización occidental, porque nuestra vida sería un infierno de soberbias y de ambiciones desatadas. También en Europa hay un poquito de dulzura, de amor, de sonrisas y de resignación; pero mucho menos que en el Japón, y por eso nuestra civilización vale mucho menos que la japonesa.

»Nosotros no hemos sabido fundir en un solo tipo humano San Francisco de Asís y Hernán Cortés. Nuestros místicos no tienen nada que ver con nuestros soldados. Pues en el Japón cada uno de los oficiales y soldados tiene un poco de San Francisco—y á veces un mucho—y otro poco de Cortés, cuando no es un Hernán Cortés de cuerpo entero. Ya habéis oído las palabras de Kuroki en Nueva York: «La profesión á que tengo la desgracia de pertenecer»... ¿Hay algún militar europeo que haya dicho nunca que sea una desgracia el ser soldado, sobre todo cuando acaba de vencer á un enemigo poderoso?

»Y es que los japoneses, como buenos buddhistas, son ante todo místicos y poetas de las cosas contingentes, poetas en el arte de cultivar un jardín, de servir el té, de pronunciar una

*

palabra amable, de refrenar el dolor propio ó de escribir sólo dos versos, nada más que dos versos. Ignoran eso que nosotros llamamos la gran poesía, porque ignoran también nuestro egotismo.

»La diferencia fundamental entre el Oriente y el Occidente (ó parte del Occidente, porque también hay muchos occidentales que no son individualistas) la expresa admirablemente el profesor Nitobe en su *Bushido* al comparar la flor del cerezo con nuestras rosas:

«No podemos compartir la admiración de los europeos hacia »sus rosas, que carecen de la sencillez de nuestra flor. Las espi»nas que esconde la rosa bajo su suavidad, la tenacidad con que »se apega á la vida, más temerosa de morir que de caer prema»turamente, la tendencia á arraigar en su tallo, sus colores vis»tosos y su pesado aroma, son todos ellos caracteres opuestos á »los de nuestra flor, que no esconde droga ni veneno bajo su be»lleza, que está siempre dispuesta á abandonar la vida al llama»miento de la Naturaleza, cuyos colores no son nunca pomposos »y cuya leve fragancia jamás se desvanece.»

»Es verdad que el testimonio de los profesores japoneses no le convence á Unamuno, porque les supone tan pedantes como á los europeos. Pues también en eso se equivoca. Los maestros japoneses son—dice el marqués Lorenzo d'Adda—los fautores de la fuerza del Ejército y se les reverencia como á apóstoles. «Cuando en las grandes maniobras un general pasa por un pueblo va á visitar antes al maestro que á las demás autoridades civiles. Cuando en una casa de té, atestada de senadores, de diputados, de oficiales, entra un maestro (reconocible por un distintivo que lleva al brazo), todos se levantan y le saludan con una inclinación.»

»El profesor japonés no es un pedante que sabe ideas muertas, sino el propagandista de las ideas á que el pueblo ajusta su vida; es todo lo contrario que un pedante.

»No, maestro Unamuno; no es el ansia de inmortalidad personal y concreta el motor de la civilización japonesa. El motor ha de encontrarse precisamente en todo lo opuesto: en esa flor del cerezo, que apenas da su fragancia se dispone á morir».

Ramiro de Maeztu.

Notas, Recortes y Noticias.

La elección presidencial. Durante todo el mes de Mayo se ha efectuado la votación para elección de Presidente en la Sociedad Teosófica.

Antes de fallecer el Presidente Fundador, H. S. Olcott, de-

signó con arreglo á lo establecido, como sucesor suyo, á mistres Annie Besant, sometiendo esa designación á la ratificación de la Sociedad.

Una gran mayoría, según parece, ha confirmado la designación que indicase el coronel Olcott, y Mrs. Annie Besant es, seguramente, el nuevo Presidente de la Sociedad Teosófica. En la hora actual carecemos de datos concretos sobre el resultado de la elección, y por los que parcialmente poseemos de algunos sitios, es lógico suponer que Mrs. Annie Besant ha sido confirmada en tan elevado puesto por gran número de sufragios.

En la Sección británica Mrs. Besant ha obtenido 1.163 votos, en la norteamericana 1.913 y en la francesa 591.

Estos datos incompletos aún, pues faltan por conocerse los de varias ramas de esas mismas secciones, son con todo bastantes para dar por segura la confirmación de la ilustre escritora.

Mrs. Besant, de origen irlandés, nació en Londres en 1847, y gracias á la proverbial actividad que ha desplegado siempre en toda su vida, goza de una excelente salud y de un aspecto exterior que desmiente en cierto modo su edad. Es difícil encontrar hoy, no en Europa sino en todo el mundo, una mujer de más altura mental y que más influjo pueda ejercer sobre los destinos humanos. Todos los problemas, todas las grandes cuestiones le interesan y han interesado siempre, derramando sobre ellos grandes rayos de luz. El problema social, por ejemplo, lo ha estudiado como pocas personas acostumbran á estudiarlo, y su obra en la *Fabian Society* ha sido una obra sana y fuerte que ha dejado impreso su paso por la misma. El problema moral, en realidad, es el gran problema que le ha ocupado siempre, y desde un día, célebre en su vida, en que Mr. Stead, el director de la *Revista de Revistas*, de Londres, puso en sus manos los dos primeros volúmenes de *La Doctrina Secreta*, de H. P. B., un nuevo horizonte apareció ante sus ojos, y el problema tantas veces estudiado adquirió una nueva orientación y una amplitud mucho más interesante.

Toda la gran producción de Mrs. Annie Besant pertenece á este segundo período, y para abarcarla por completo habríamos de extender varias veces nuestros brazos para recogerla: libros, críticas, estudios, folletos, conferencias, traducciones, reediciones, cartas, artículos... toda la vida volcada y difundida sobre el papel y sobre las gentes, como signo ó como palabra. En un

espíritu pequeño, en una ilustración limitada y en un sér sin mucho amor á sus semejantes, todo eso sería una vanidad más: en el caso de Mrs. Besant es el testimonio de su amor y uno de los títulos que justamente le han llevado al puesto que ocupa entre los positivos directores del pensamiento.

El Congreso de Munich. Una vez tirado nuestro número anterior supimos que nuestro amigo D. José Xifré, por causas ajenas á su voluntad, había suspendido su viaje á Munich, donde se ha celebrado este año el Congreso de la federación de las Secciones europeas de la Sociedad Teosófica.

Por informes particulares, no muy concretos, sabemos que han concurrido á la gran ciudad alemana numerosas representaciones de diferentes países, y que la labor que se ha hecho en él quedará como un provechoso y aprovechable arsenal para los estudiantes de Teosofía.

Como nota saliente de este último Congreso puede emitirse el siguiente juicio que nos remite un hermano que ha asistido á él: «Celebrado en medio de la calle, todo el mundo hubiese comprendido los asuntos que se trataron, y hasta hubiesen tomado parte en él muchos individuos.»

La Sabiduría antigua. Teodoro Reinach ha dado cuenta hace poco á la Academia de Ciencias de París del descubrimiento que el profesor Mr. Heiberg ha realizado en Copenhague. Se trata de un hallazgo de la mayor importancia para la historia de las ciencias exactas.

El sabio profesor de Dinamarca ha podido descifrar de un antiguo palimpsesto de Constantinopla un tratado de Arquímedes *Sobre el método*, dirigido á Eratóstenes.

La antigüedad de este documento en sí es de un gran valor, pero lo más notable es su contenido científico. En él se ve particularmente la aplicación de la mecánica á la solución de problemas geométricos y el empleo atrevidísimo de un método comparable al cálculo integral. Las superficies, por ejemplo, se consideran en él en ciertas condiciones como una suma de líneas y los volúmenes como una serie de planos.

Leibnitz y Newton al echar las bases del cálculo integral, vemos así que no han hecho más que resumir los atisbos del pensamiento heleno. Esta sorpresa no será la última que nos reserve el más cabal conocimiento de la antigüedad.

Butler Burke. El famoso profesor de Cambridge que ha sorprendido con sus estudios sobre los orígenes de la vida, es de origen español. John Butler Burke es un filipino lleno de modestia, como de saber y de aplicación: refractario, como hombre superior, á la disciplina científica, sin cuya cualidad su descubrimiento maravilloso, sus experimentos sorprendentes no hubieran iluminado la Ciencia.

Nació en la ciudad de Manila hacia el año 1867; se bautizó en la parroquia de San Miguel, y es hijo del estudioso doctor en medicina Mr. John Burke, natural de Dublin (Irlanda), y de la filipina D.ª Victoria Butler Gómes, de antigua familia de aquel país. Vino adolescente á Europa á continuar sus estudios en Dublin, y á la muerte de su inteligente padre se trasladó á Cambridge, al Trinity College, en donde es en la actualidad profesor.

Su madre y su hermana residen en Burdeos; sus dos hermanos, el uno en Dublin, y el otro, médico notable, en Manila.

El descubrimiento que se debe á Butler Burke es sencillamente la generación de la vida sobre la materia inerte. Sus trabajos datan de hace tres años. En Octubre de 1904 exhibió en los Laboratorios Patológico y de Covendish, en Cambridge, pequeñas partículas que parecían con vida y que eran sólo el producto de la acción del radium sobre caldo esterilizado y gelatina de carne.

No son muy concluyentes los experimentos realizados hasta la fecha, pero no dejan de ser ingeniosos é interesantes. Ha dado además á la cuestión un nuevo aspecto, y lejos de caer en el materialismo de todos los enemigos de Pasteur, él saca consecuencias del carácter más espiritual de semejantes observaciones. Poco tiempo ha transcurrido desde que asombró al mundo científico, y ahora la prensa británica vuelve á ocuparse de él para aplaudir y comentar calurosamente un libro que acaba de publicar explicando su descubrimiento de manera que no resulte contrario con la doctrina católica.

Dice que sólo ha encontrado el eslabón que faltaba entre la materia viva y la materia muerta, y para desarrollar su tema desenvuelve teorías que revelan al gran pensador, al eminente filósofo.

R.

BIBLIOGRAFÍA

Annie Besant. — *Hacia el Templo.* — Versión española de José Granés, M. S. T.—Biblioteca Orientalista, Princesa, 14. Barcelona, 1906.

Para la consecución de la Verdad debémonos una preparación que no puede hacerse de cualquier modo. Hemos de prepararnos no ya para entrar en el Recinto Interior, en el *Sancta Sanctorum*, sino aun para esa misma preparación. Todo requiere un principio, y hemos de empezar bien. *Hacia el Templo* son cinco Conferencias en las que Annie Besant da la suficiente enseñanza preparatoria para un estudio más superior y elevado. Es un libro ético, un libro que puede parangonarse con el *Bhagavad-Gîta* y con la *Guía Espiritual*, de Molinos. Cuando se cierra el libro el lector queda en el umbral del verdadero templo y, sin embargo, ha entrado ya en él. El traductor de esta obra, por el genio especial de nuestro idioma, ha tenido que dar un rodeo y expresar un matiz de la vida espiritual, que resulta inconcebible para el mayor número, con una frase que no dice lo suficiente, *Hacia el Templo*, pero que es la más exacta versión del pensamiento y del título que Annie Besant ha puesto á su obra: *In the Outer Court.*

Es la mejor traducción.

A primera vista parece que no hay más que dos extremos en las cosas: tenerlas ó no tenerlas, estar fuera de ellas ó dentro. Pero si miramos de un modo más atento y sostenido, veremos que hay un instante del mayor interés y de la mayor importancia, y que consiste en el viaje que hacemos hacia ellas. La verdadera moral es precisamente un hecho dinámico, una acción, un movimiento hacia algo ó contra algo que se nos da en frente. Entre una población y nosotros lo que ha de regular nuestra moralidad es el trayecto que nos separa de ella, es la distancia que media. Y cuando vamos hacia las cosas, hacia los pueblos ó hacia las ideas, en nuestro andar ya estamos casi dentro del lugar donde pensamos descansar alguna vez. Cuando estamos muy lejos no estamos en el punto que queremos; pero desde que nos dirigimos hacia él entramos ya en el camino, en la parte exterior de la ciudad y de la casa á donde vamos. No es que el Templo tenga un zaguán, un patio, un paseo exterior; no hace falta. Lo exterior está en nuestro camino hacia él. Así, lo exterior de la Verdad es muy grande para el que está apartadísimo de ella; pero es muy poco para el que ya ha empezado á caminar.

Ahora bien; en las cosas del espíritu las piernas están de más. No se anda, como en las cosas materiales. Un paralítico, un hombre quieto, un hombre

de rodillas puede estar y está muchas veces más cerca que cualquiera que corre desaforadamente en cualquier dirección. En las cosas del espíritu se anda con el pensamiento y con el corazón. Se anda purificándonos, elevando el espíritu, transformándonos y contrastando nuestros valeres.

La pluma de Annie Besant en este trabajo ha sido felicísima, está llena de verdadera inspiración y la lectura de su libro es de lo más confortante. En trabajos de esta índole sólo en su obra *Dharma* creo yo que ha llegado á una altura tan considerable.

La versión de una escritora tan difícil, tan rebelde al genio de nuestra lengua, es un triunfo para nuestro amigo D. José Granés y un testimonio de cuánto puede el entusiasmo y devoción de un verdadero discípulo.

En este mismo número se utiliza la versión de nuestro amigo, y por ella más que por nuestras palabras puede juzgar el lector.

R. U.

Annie Besant. —*Las leyes de la Vida Superior.*—Traduccion del inglés, por José Granés, M. S. T.—Biblioteca Orientalista, Princesa, 14. Barcelona, 1907.

Esta segunda obra de Annie Besant, que también ha traducido D. José Granés y que también ha editado la infatigable Biblioteca Orientalista, que dirige el Sr. Maynadé, por la naturaleza de su estilo y por lo claro de su exposición puede utilizarse como un programa para pública enseñanza de la más elevada moral. Estas tres Conferencias, ordenadas y sistemáticamente repetidas, darán siempre, absolutamente siempre, un excelente resultado. La ley del deber y la ley de sacrificio, tan incumplidas por todos y en todas las ocasiones, necesitan una recordación constante, y una recordación suave, persuasiva, como la que se hace en estas páginas. Esta manera de exponerlas es altamente simpática y las ofrece menos rígidas y secas que las vemos expuestas muchas veces.

Con ser grande el valer intrínseco de esta obra, su valer más reconocido estará siempre para la gran mayoría en su modo de exposición. En este caso la moral es amable y graciosa y el deber y el sacrificio no son yugos pesados y abrumadores, sino dos manos cariñosas que ayudan y sostienen al que puede caer y cae con harta frecuencia.

Esta aplicación práctica que puede darse á las presentes Conferencias de Annie Besant las hacen recomendables para todos los que no sólo tratan de elevarse sobre sí mismos, sino de elevar á los demás, en quienes ven unos hermanos.

R.

Mabel Collins. —*El Despertar.*—Traduccion del inglés por Federico Climent Terrer.—Biblioteca Orientalista, Princesa, 14. Barcelona.

Misstres Kennineingale Cook, más conocida por Mabel Collins, es, quizás, la escritora británica de más hondura espiritual y que más intensamente siente ese anhelo de la Vida Superior.

En esta obra la autora se propone *despertar* el espíritu propio y el ajeno en los demás. Eso es lo que constituye «la tarea del filósofo esotérico».

Y la verdad es que nos conducimos como séres dormidos, amodorrados, más bien, hipnotizados por una multitud de visiones que nos han cansado los ojos y hecho caer los párpados. Tenemos que despertar alguna vez, no cabe duda. Y, efectivamente, hay quien despierta; pero quien vuelve á dormir. La plenitud de la luz nos abrirá los ojos una vez para siempre, y entonces no sufriremos esos despertares intermitentes, sino un valor interminable bajo la mejor de las Luces.

Los nueve capítulos de esta obra, que parece concebida por un émulo de Patanjalí, glosan del modo más admirable la idea del gran despertar á la luz y á la vida y forman un libro de socorro, de auxilio y de estimable confortación. Es un libro que pertenece á esa literatura y á esa filosofía que no exige grandes prisas en el lector. Hay que leerlo despacio, y tras una reflexión sobre un texto cualquiera surgen nuevas ideas, nuevas formas y despierta uno á la luz y á propio espíritu.

La autora podría haber hecho un libro más extenso, mayor; pero el resultado y la impresión en el público no hubiera sido la que hoy puede experimentar cualquiera que la lea.

Ha sido un buen acierto el del Sr. Climent el de traducir estas páginas, que serán tan populares como la *Luz en el Sendero*. El traductor puede felicitarse, como nos felicitamos nosotros, de que por él pueda difundirse una lectura tan útil y una tan sabia enseñanza

U. G.

Instrucción práctica para fotografiar los fantasmas y espíritus de ultratumba, por E. Anastay.—Precio: 50 céntimos.—Librería de «La Irradiación», Plaza de las Descalzas, núm. 3, Madrid.

Este librito no sólo resulta útil á los que se dedican á las experiencias psíquicas, sino también á los aficionados á fotografía por las reglas prácticas que recomienda para la obtención de buenas instantáneas y las nuevas fórmulas que da á conocer para el revelado y fijado, así como para confeccionar un polvo de magnesia que no produce humo.

En el apéndice se indican los medios para lograr que se vean con relieve hasta fotografías sacadas en papel fino.

«La Irradiación» ha publicado también al precio de 50 céntimos los siguientes folletos instructivos:

El hipnotizador práctico, por Pelletier; *La sugestión aplicada á la Pedagogía*, por el Dr. Berillón; *Aplicaciones terapéuticas del hipnotismo* y *La sugestibilidad de los niños*, por los doctores Tokarski y Berillón; *Terapéutica hipnótica*, por Brunet; *La transparencia del cuerpo animal como prueba de la muerte y como método de diagnosis*, por Elmes Gates; *La Musicoterapia*, por Daubresse; *La realidad de los sueños*, por Phos de Elpisa, etc.

Artes Gráficas. J. Palacios, Arenal, 27.